

molestasen por el afán de apoderarse de su mano para besarla, el bondadoso sacerdote decía imitando al Divino Maestro:

—Dejad á los niños llegar hasta mí.

Tal era don Benigno, en cuyo retrato quizá me he detenido demasiado; pero le copio del natural, y lo hago con tanto placer, que todavía me estaría hablando de él más tiempo, si el curso de mi historia no me exigiese ya que dé á conocer á nuevos personajes.

II

Hacia el fin de la misma calle en que estaba situada la iglesia y en que habitaba el señor cura, había una casa de buena apariencia, habitada por uno de los labradores mejor acomodados de la aldea y aun del contorno.

Este labrador se llamaba Juan Pedro, siguiendo la devota costumbre de muchos del país que adoptan el nombre de los dos apóstoles.

Tenía dos hijas y un hijo, y además una mujer que era para la familia, según decían todos, una cruz de las más pesadas que Dios puede enviar á una casa.

En efecto: Lorenza—éste era su nombre—hacía diez años que estaba privada de la razón; su locura, muchas veces pacífica y melancólica, era en otras ocasiones violenta y casi furiosa: la infeliz gritaba, se golpeaba contra las paredes de su cuarto, aullaba, gemía y acababa por acurrucarse en un rincón, yerta de fatiga y de espanto y presa de un temblor convulsivo.

¿Por qué había perdido el juicio aquella mujer desdichada?

Nadie sabía más que una causa para justificar

tan horrible desgracia: su madre, que vivía en una casita inmediata y que había sacado uno de los premios mayores en la lotería de Madrid, amaneció un día muerta y robada.

Desde entonces, como si el cielo hubiera querido compensarla de la muerte de su madre, su casa empezó á prosperar, y bien pronto llegó á un estado, no sólo de comodidad, sino hasta de riqueza.

Lorenza, hija única de una madre tierna y buena como pocas, cayó en una tristeza profunda, y pocos días después en una demencia espantosa.

El mayor de sus hijos era un muchacho de veinte años y hermosa presencia, que se llamaba Antonio.

Trabajaba con ahinco por el adelanto de la casa, tanto porque era algo ambicioso, cuanto porque se quería casar con Gregoria, la hija del molinero, que era mucho más rica que él.

Después de esta cualidad, recomendable hasta cierto punto, todas las demás del carácter de Antonio eran poco dignas de alabanza.

Orgullosa, pendenciero, maldiciente, glotón y dotado de un genio violento, áspero y despreciativo, era generalmente malquisto en la aldea; tenía pocos amigos, y éstos de tan mala cabeza como él, á los que dominaba y manejaba á su gusto: sólo á su padre, cuyo carácter duro y brutal conocía, tenía miedo, y era que, cobarde, co-

mo por lo regular lo son todos los malos, se doblegaba á una fuerza mayor que la suya.

La segunda hija de Juan Pedro se llamaba Lucía: todo el pueblo se la envidiaba á su padre y todos admiraban su graciosa belleza, que era verdaderamente notable.

Tenía la tez morena, los ojos negros como los cabellos, cuyas largas trenzas bajaban, al desprenderse, hasta el borde de la falda que vestía.

Su nariz era delgada, la boca lindísima, la frente estrecha y llena de gracia; respiraban sus facciones la alegría, el descuido, la felicidad; todo lo que, al pensar en su estado, no hablaba muy en favor de la sensibilidad de su alma.

Lucía tenía diez y siete años; era bastante alta y vestía con primor, no porque su padre fuese muy espléndido con ella, sino porque ella era primorosa con el arreglo de sus galas, y porque su hermano Antonio le daba de vez en cuando alguna cantidad de sus ganancias al juego.

Exceptuando lo que trabajaba en el arreglo de sus trajes y de los de su hermano, Lucía no hacía más que componerse, hablar con las vecinas, reirse y cantar.

Todos los quehaceres de la limpieza, de la cocina, del cuidado del establo, estaban á cargo de Teresa, la hija menor de Juan Pedro, que cuando perdió su madre la razón contaba sólo cuatro años de edad.

En el momento de darla á conocer en esta his-

toría, tenía ya catorce; pero agobiada de trabajo, olvidada de todos, enfermiza, doliente y contrahecha, la pobre Teresa no aparentaba ni once con su exigua talla.

Era jorobada, pequeñita, endeble y de aspecto tan triste, que causaba pena al mirarla.

Su cuerpo, envuelto en harapos, parecía demandar el descanso y la piedad, y, sin embargo, su padre le mandaba cada cosa que quería que hiciese con un puntapié, y su hermano le daba dos por la causa más insignificante.

Teresa se levantaba antes del día; iba al fogón, encendía la lumbre y hacía el almuerzo para toda la familia: cuando el calor abrasaba la tierra, tenía que hacer también el de los segadores ante la hoguera que le quemaba el rostro y la hacía sudar con una angustia mortal.

Los trabajadores, despiadados y duros de corazón, por el hecho de estar sujetos á una faena superior á sus fuerzas, ó se reían de la *rata*—así llamaban á Teresa,—ó se enfadaban con ella poniendo faltas al almuerzo, reconviniéndola con aspereza y diciéndole mil cosas groseras é insultantes denuestos.

Teresa, fatigada y afligida, se metía en el camaranchón que ocupaba detrás de la cocina y se ponía á llorar con desconsuelo.

Cuando ya todos los trabajadores salían al campo, tenía que dar el almuerzo á su padre y á sus hermanos: éstos, si el manjar estaba á su gusto,

no decían una sola palabra en su alabanza; pero si tenía una falta, por leve que fuese, le disparaban un sinnúmero de amenazas.

—¡Si otra vez me das así esta tortilla, te confundo de un puntillón, mal bicho!—le decía su padre.

—¿No había sal en la tienda? Pues podías haber ido á comprarla,—gruñía Lucía dándole un puntazo.

—¡Ya podías haber hecho cocer más estos toreznos, escuerzo!—añadía Antonio tirándole de una oreja.

Teresa bajaba la cabeza, callaba y seguía sirviendo á su inhumana familia.

Así que su padre y su hermano salían de casa para ir al trabajo, y que Lucía se iba á peinar, Teresa se iba á los graneros y abría una puerta que daba á un cuarto abuhardillado. Al subir, llevaba siempre en la mano un plato con una jícara de chocolote rodeada de rebanaditas de pan.

En dicho cuarto estaba la loca.

Generalmente Teresa la hallaba echada en la cama boca arriba y con los ojos muy abiertos.

El aspecto de Lorenza era casi espantoso: su delgadez había llegado al extremo de hacerla semejante á un esqueleto; ya no había rastro alguno de belleza en su semblante, tan perfecto en otro tiempo. Lorenza había sido más hermosa que su hija mayor; pero entonces al verla causaba espanto.

Tenía el pelo cortado al rape; las mejillas tan flacas, que cada una formaba un hoyo muy grande; los labios tan delgados, que dejaban ver todos sus dientes blancos y agudos.

Sus ojos, negros, parecían salirse de las órbitas por los accesos de furiosa locura que de continuo les hacían revolverse con las agitaciones del delirio, y, sin embargo, cuando tenía algún intervalo lúcido, aquellos ojos estaban bañados de una ternura infinita; en sus cabellos cortados había ya muchas canas, á pesar de que la infeliz sólo contaba cuarenta años.

La estancia no podía ser más miserable en su aspecto y en sus accesorios: el catre de tijera de la loca tenía las sábanas y el cobertor desgarrados; una mesa y un banquillo, clavados en el suelo, eran todos los muebles de comodidad de la pobre Lorenza.

En tanto que la desgraciada demente vivía en el seno de aquella miseria espantosa, su hija mayor y su hijo gastaban cuanto querían y lo pasaban con la mayor esplendidez, viendo la vida por su lado rosado y venturoso. El mismo Juan Pedro se regalaba á más y mejor, y aunque silencioso y sombrío, se pasaba en casa las horas de frío de la madrugada y de la tarde en el invierno, así como las de calor muy fuerte en verano.

En estas horas, Teresa, semejante á una hormiga, iba y venía, fregaba y limpiaba la casa, desplegando una actividad admirable; temerosa de

despertar las iras de su padre ó de su hermana, hacía el menor ruido posible, y hasta cuando subía á sus respectivos aposentos para mullirles la cama, trabajó que rendía sus brazos infantiles, se hacía todo lo más chiquitita posible para que no la vieran y tropezasen con ella.

Daba compasión el ver aquella pobre criatura, escuálida y contrahecha, entregada á las más rudas faenas, y algunas veces llorando bajo el peso de su inmensa fatiga.

En todo tiempo llevaba un vestidillo de india agujereado en mil partes, los pies descalzos y sin pañuelo ni abrigo alguno, ni aun en los días más crudos del invierno.

Su padre le profesaba una especie de odio profundo é interesado; sus hermanos la miraban como á un animal que tenía la obligación de servirles.

Lucía tenía novio: la pretendía Casimiro, el albéitar, mozo rumboso, lechuguino y gran bebedor, no menos que gran tocador de guitarra.

Gregoria, la hija del molinero, tenía sorbido el seso á Antonio y le seducía con su enorme talla y crecido dote.

Juan Pedro pasaba algunos ratos en compañía de Braulia, la tabernera, viuda de cuarenta años, con más bigote que un granadero, y que, según decían malas lenguas, había muerto á su marido de una navajada.

Con aquella amistad, estaban el señor cura, el alcalde y todo el pueblo muy descontentos; pero ya duraba hacía años y no llevaba trazas de acabarse en la vida.

Resultado de todo, era que Juan Pedro, Lucía y Antonio vivían á su gusto, y que en la casa había otros tres seres muy desdichados.

Estos eran la loca, la jorobadita y León, un viejo mastín al que todos pegaban y que se hubiera muerto de hambre en pago de sus buenos y leales servicios, á no haberle dado de comer Teresa á escondidas de su familia.

Era una noche de Diciembre, y el pobre perro, que se había echado al sol durante la tarde, se había quedado en la calle al cerrar la puerta; aullaba de frío, y Antonio, incomodado de oírle, salió con un palo y le castigó cruelmente, dejándole fuera otra vez.

Mientras que esto sucedía, estaba Teresa dando de cenar á su madre; hallábase la loca sentada en el borde de su lecho, y su hija, en pie delante de ella, le iba dando algunas cucharadas de potaje, único alimento que destinaba su familia á aquella desventurada.

Al oír los aullidos de León, desvió ésta la manecita que le acercaba el alimento y preguntó:

—¿Eres tú mi niña Teresa?

—Sí, madre mía,—respondió la jorobadita, de cuyos ojos caían dos lágrimas al ver que no podía evitar el castigo que imponían al perro.

—¿De veras?—volvió á preguntar la loca mirando con avidez á su hija.

—Yo soy Teresa, madre mía.

—¿La que era tan querida de mi madre porque era contrahecha?

—La misma.

—¿Conoces á León?

—Sí, señora.

—¿Es ese que llora?

—¡Ay! ¡Sí, madre mía!

—¿Por qué llora?

—Porque le pegan.

—¿Y qué ha hecho?

—No lo sé, madre.

—Pues yo sí. Mira, yo creo que tú no eres mi Teresita: á aquélla me la mataron... eres un ángel que Dios me envía para que me cuide; pero no importa, te diré lo que necesito decirte: yo sé por qué le pegan á León y le matarán, porque en aquella noche... en aquella noche terrible... quería matar á Juan Pedro.

La niña se estremeció como siempre que su madre hablaba de este modo: no comprendía lo que quería decir; pero su sangre se helaba al oír las misteriosas palabras de la loca.

El pobre perro seguía aullando.

—Anda, ángel mío—dijo Lorenza:—tú que tienes la cara de mi Teresita, corre á buscar á León y tráemele aquí. Mi madre le estimaba mucho; ella le crió y yo no quiero que le maten.

—¡Ay, madre mía!—exclamó Teresa,—¡yo no puedo traer á León! ¡Ya oye usted cómo se queja y ve la pena que me causa; pero me es imposible evitarle los golpes!

—¿Y por qué?

—Porque me pegarían á mí, y me pondrían enferma, y no podría cuidar á usted.

—¿Y quién te había de pegar?

—Mi padre y mis hermanos.

—¿Quién es tu padre? ¿Es Juan Pedro?

—Sí, señora.

—¿Y tus hermanos?

—Lucía y Antonio.

—Anda, corre á buscar al perro—dijo la loca con acento imperioso;—no te detengas: quiero tenerlo á mi lado.

Teresa se puso á temblar.

¿Cómo había ella de obedecer á su madre?

¿Cómo había de exponerse á la cólera de su hermano, que estaba enojado con el perro y que se oponía á que entrase?

El sudor frío de la angustia corría por su frente.

La loca rehusó la cucharada que la niña iba á ponerle en la boca, y repitió:

—El perro llora; tráemelo en seguida.

Teresa alzó los ojos al cielo y se dirigió á la puerta. En el fondo de su alma pedía fervorosamente á Dios que la socorriese y le diese valor para complacer á su madre.

Bajó quedito. Su padre y su hermano habían

salido: aquél para ir á casa de la viuda, éste para ir al molino.

En la cocina había algunas muchachas, amigas de Lucía, charlando alegremente con ella.

Teresita respiró y rezó un Avemaría á la Virgen.

Se dirigió á la puerta de la calle y la abrió con todo el silencio posible: el perro estaba echado á la parte de afuera, recibiendo la helada que caía; pero, amedrentado por los golpes, no se atrevía á quejarse.

Teresa dijo con su dulce vocecita:

—¡León! ¡Ven, León!

El perro saltó al patio con mayor ligereza de la que se podía esperar de su vejez.

—¡Calla y no hagas ruido ninguno, mi pobre León!—dijo Teresa cruzando el patio y dirigiéndose á la escalera de tierra que conducía al cuarto de la loca;—calla y sígueme: te ocultaré allá arriba... donde está mi madre y donde tengo aquel bonito libro que me dió Tiburcio: allí estará todo lo que me gusta y todos los que me queréis.

El animal, como si entendiera estas palabras, siguió en silencio á la joven, que sin otra luz que el débil rayo de luna que penetraba por un agujero que había en la escalera, la subió seguida del animal.

—Madre—dijo al llegar á la puerta,—al fin le he podido traer á usted á León.

La loca se levantó del lecho, y á la luz del ve-

loncillo que ya estaba ardiendo sobre la mesa, vió á su hija y al perro. Entonces dejó escapar un grito de alegría y se adelantó hacia León.

El animal la reconoció al instante y se acercó á ella meneando la cola y dejando escapar dulces aullidos de alegría: hacía que no la veía cuatro años, y, sin embargo, la había reconocido.

Lorenza se arrodilló delante de él, y empezó á hablarle con tanto juicio como si le hubiera tenido sano.

—¡Sí, tú eres León!—exclamó; — ¡pero qué flaco y qué malo estás! ¡Y qué bonito eras cuando mi madre te trajo á casa! ¡Cómo corrías por el campo! ¡Cómo jugabas con Lucía y con Antonio! ¡Y luego, cuánto querías á mi Teresita, que era tan pequeñita y tan delicada! ¿Te acuerdas de Teresa, León? Mi madre me decía:—A esta hija debes quererla más que á los otros, Lorenza, porque es más desgraciada: por eso he querido tenerla en la pila y que se llame como yo; los otros no necesitan de nadie para ser felices, y esa sí. No la castigues nunca, ni la hagas trabajar más de lo que pueda ó quiera.—Esto decía mi madre, que era tan buena: ¿te acuerdas, León? Tú vivías con ella y eras su única compañía; y aquella noche en que la mataron, quisiste matar al asesino... bien te portaste, querido León, y Juan Pedro llevará, mientras viva, la señal de tus dientes en su brazo derecho... ¡Ja, ja, ja!... ¡La llevará mientras viva!

Teresa sintió que su sangre se helaba, como siempre que su madre aludía á aquel acontecimiento, impenetrable para ella: la infeliz creía que sus palabras eran hijas de la demencia, y, sin embargo, un vago terror la hacía estremecerse.

Entonces recordó vagamente que su padre tenía en el antebrazo derecho la señal ya cicatrizada de una gran mordedura que le había hecho, según se decía, un perro de una granja vecina.

¿Se la había hecho el perro de su abuela?

En este caso, ¿por qué disfrazar la verdad?

¿Habría algún misterio sangriento oculto bajo las palabras de su madre?

Teresa tenía ya catorce años y discurría como una mujer; además, la desgracia madura el raciocinio, y Teresa era la más desgraciada criatura del mundo.

Como si la razón de la loca se hubiera reanimado al calor de los recuerdos, se volvió hacia la jorobadita, se sentó en la silla y la puso sobre sus rodillas.

—¡Dios míol ¡Teresita de mi corazón! ¡qué flaca estás!—exclamó cubriéndola de besos.—¿Qué tienes? ¡Habla! ¡Tú eres mi Teresa, te reconozco! ¡Estos son los hermosos ojos de mi madre, su frente santa y tranquila, su boca sencilla, en la que jamás estuvo la mentira!

Teresa oía hablar á su madre con profunda admiración: su lenguaje culto era el lenguaje de los

libros que leía, y no se parecía en nada al tosco de su padre y de sus hermanos. En los ojos de la loca brillaba una ternura infinita; en sus facciones todas se retrataba una triste ternura: por entonces, al menos, había recobrado la razón.

De repente gruesas lágrimas empezaron á correr por sus mejillas: había reparado en la horrible desnudez, en los harapos que apenas cubrían el cuerpo flaco de su hija.

—¡Pobrecita mía! ¿por qué vas así?—exclamó; —¿no tienes otros vestidos? ¿Tu hermana se los guarda todos para ella? No lo dudo, porque tiene el alma de tu padre: nadie te cuida, nadie te protege, nadie te ama, ¿es verdad? Déjame salir de aquí. ¡Tu madre vive y te cuidará, Teresa mía! Para mí no eres fea ni contrahecha; para mí eres la hija de mis entrañas. Vamos, vamos... yo soy hija, no de labradores toscos, sino de un hombre noble y honrado á quien la desgracia condujo á la pobreza y á la muerte: mi madre y yo vinimos á este pueblo para vivir con lo menos posible; pero yo era una señorita y sabía leer, escribir y dibujar: todo esto te enseñaré á tí, hija mía, y peinaré tus hermosos cabellos rubios, y te lavaré, y te cuidaré con esmero.

Apagóse la voz de Lorenza por la fatiga misma de sus emociones; la infeliz se dejó caer sobre el lecho, cerró los ojos y se quedó dormida con un sueño tranquilo.

León subió á la cama y se acostó á los pies,

después de haber comido los restos de la cena de la loca, que le dió Teresa.

Esta tomó la luz, bajó quedito y se metió en su camaranchón, especie de agujero que había al lado de la puerta de la cocina, y en el cual tenía una miserable cama, que se componía de un jergón y una manta muy vieja.

Se acostó; pero el frío, la fatiga y las revelaciones confusas, pero aterradoras, de su madre, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

Alguna cosa terrible se agitaba en su cerebro.

Eran las espesas sombras de su pasada ignorancia con la claridad de la razón.

Temblaba sin saber por qué.

Pensaba en su madre, y lloraba.

Pensaba en su padre, y se sentía helada de terror.

Mucho rato después de estar acostada, oyó la puerta de la calle y el paso pesado de Juan Pedro.

Poco después llegó Antonio.

—El perro no está á la puerta—observó éste: —¡tal paliza le dí!

—Si vuelve, le atas al cuello una piedra y al río con él,—dijo Juan Pedro con su voz hueca.

Teresa rezó una Salve á la Virgen, y le pidió que no le ocurriese á León bajar del camaranchón de su pobre madre.

La infeliz niña no tenía ni confiaba en otra protección que en la de la Virgen; pero en ésta tenía una confianza ilimitada.